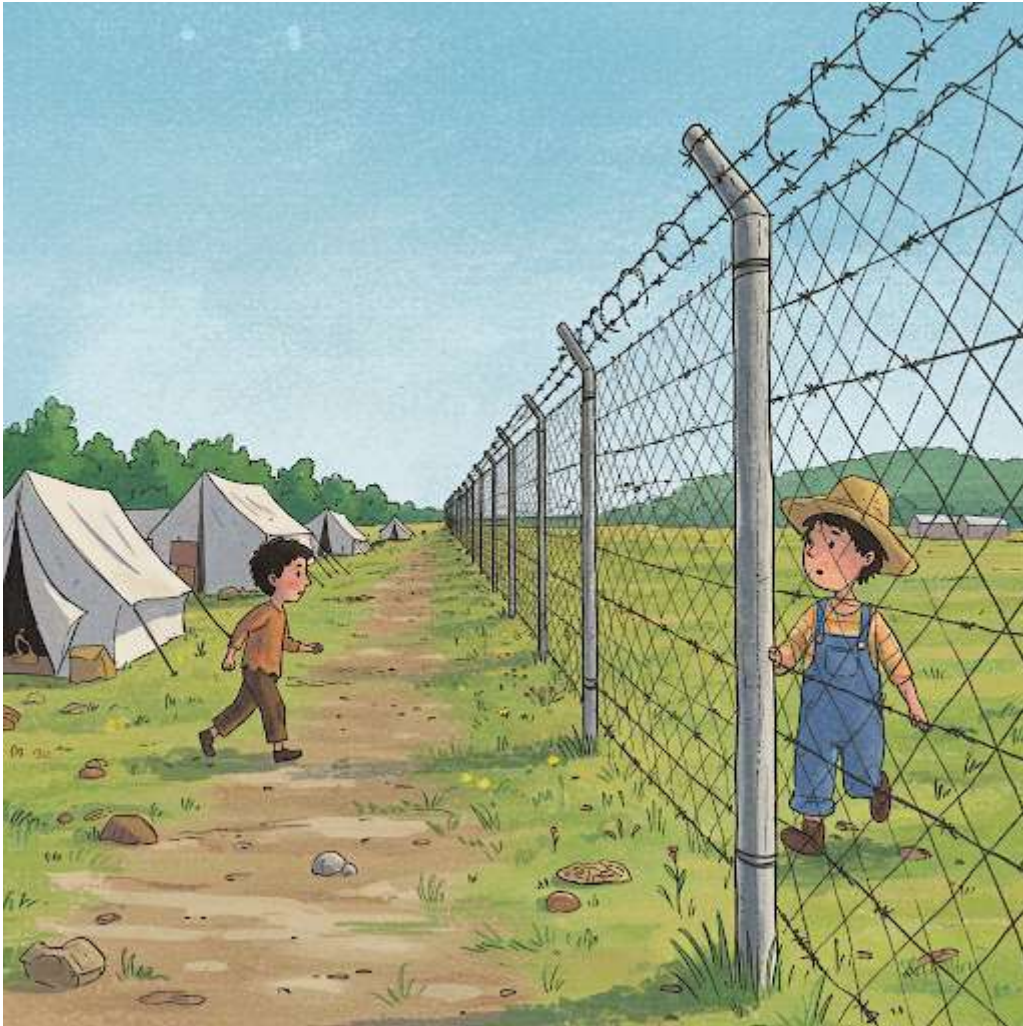


EL REFUGIADO

Elsa Cajiao

(Fragmento)



En un caserón agrícola, más allá de la franja árida donde la alambrada marcaba la frontera entre los dos países, vivía Vasil, un muchacho inquieto como un potro, dotado de un talento especial para meterse en problemas.

Uno de sus problemas dormitaba en ese momento prácticamente encima de su cabeza: una oca. El animal salió de su modorra graznando con resentimiento cuando Vasil la apartó de un manotazo de su almohada.

—¡Ya está bien! —exclamó el muchacho, incorporándose.

Una cosa era compartir almohada con el polluelo adorable de los primeros días, y otra muy distinta con el robusto ganso de ahora, tras dos meses de esmerada alimentación con maíz, lombrices y caracoles.

Las primeras luces del día ya perfilaban el campo de hortalizas a través de su ventana. Moría de ganas por comprobar si alguien había conseguido saltar la valla, pero salir furtivamente de casa resultaba imposible desde la irrupción de la oca en su vida. Tanto si la dejaba en la habitación como si la echaba fuera, se desgañitaba a graznidos, provocando un pandemonio en el corral que sacaba a sus padres de un brinco de la cama, fusil en mano, siempre paranoicos ante un ataque inmigrante.

El incidente que lo llevó a convertirse en el padre de un animal tan vocinglero, posesivo y territorial ocurrió al inicio de la primavera. Como todos los chicos de su comarca, ayudaba a su familia en las tareas del campo, una de las cuales consistía en cuidar de los huevos de oca. Era experto en girarlos, controlar la temperatura y humedad de la incubadora, y en detectar los huevos.

El «dichoso» incidente sucedió durante el traslado de unos huevos a punto de eclosionar al cobertizo donde ya había llevado dos ocas adultas para que, con su amoroso instinto protector, se hicieran cargo del nacimiento. Por el camino, uno de los huevos se le escurrió de las manos y rodó cuesta abajo con facilidad exasperante. Sus muchas tareas esa mañana le impidieron bajar a recogerlo hasta pasada una hora.

El polluelo se había estancado en la rotura del cascarón. Sin ninguna mamá oca animándolo y sin oír el piar de sus hermanos librando la misma batalla, era normal que se hubiese rendido.

Debió de ser una experiencia aterradora, pensó Vasil. Conocía bien el sentimiento de desamparo... Acarició la cáscara con un dedo, como si le cerrara los párpados a un muerto.

Por suerte, el polluelo solo estaba en medio de un descanso y, animado tal vez por la sombra de Vasil al trasluz del huevo, se incorporó y retomó su tarea de abrirse paso al mundo. El muchacho no pudo resistirse a ayudarlo, y acabó naciéndole en el cuenco de sus manos.

La bautizó Dana y la mantuvo escondida en su habitación durante cuatro días hasta que el alboroto de píos lo delató. Sus padres quisieron llevarla al corral, pero al ver aquel pomito amarillo seguir a su hijo a sol y sombra, les flaqueó el corazón.

Se vistió de prisa y miró con rencor a Dana, ya en la puerta, impaciente por salir.

Entonces se le iluminó la mirada: recordó que a las aves las tranquilizaban tapándoles los ojos.

Sacó un pañuelo del armario, lo extendió de un golpe seco, se lo ató a Dana en la cabeza, la cargó bajo el brazo y salió a toda prisa.

—No te enfades —le dijo—. Cuando hayamos cruzado el campo, volverás a ser libre para graznar cuanto quieras.

Descendió a toda carrera por los pedregales hasta la llanura árida, donde acababan los campos labrados. Allí la liberó. La oca giró descontrolada como un trompo, entre las carcajadas de

Vasil. Tras el breve mareo, el animal sacudió las plumas con dignidad y siguió a su amigo con la devoción ceremoniosa de quien sigue a una estrella.

Empezó a bajar una niebla espesa, extraña: aun así, Vasil arreció el paso. Confiaba en volver a tiempo de meterse en la cama y hacerse el dormido cuando su madre fuera a llamarlo para ir al colegio.

Pero las cosas no siempre salen según se planean.